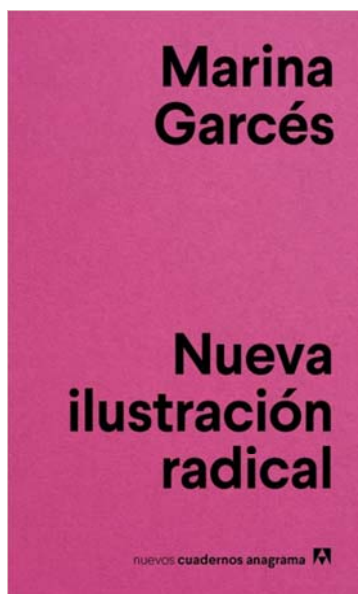


Reseña de “Nueva ilustración radical”

DOI: 10.5281/zenodo.3464714



Marina GARCÉS

Anagrama

2017, 80 pp.

Barcelona

ISBN: 978-84-339-1614-3

La Ilustración no ha muerto, para bien y para mal. Sigue viva en el patriarcado y en las maquilas mexicanas, como ha denunciado Celia Amorós¹. Pero también sigue viva en un movimiento aparentemente muy poco ilustrado, como el punk, que reclama disfrutar del sexo, las drogas y el rock and roll “en libertad, igualdad y fraternidad” (para citar una canción del grupo español Reincidentes). Entonces, si bien desde

hace mucho tiempo sabemos que la Ilustración no es la panacea que muchos creyeron, tampoco es el cataclismo trágico que otros describieron. Es lo uno y es lo otro. Y que quede claro que tomar distancia de posturas maniqueas no implica necesariamente caer en posiciones conciliatorias. La dominación y la emancipación, o lo que Michel Foucault llamó gubernamentalización y crítica, son dos caras muy propias de la Ilustración, pero de ninguna manera reductibles la una a la otra. Si la primera busca la sujeción de los individuos a una verdad, la segunda se arroga el derecho de interrogar a esa verdad y sus efectos. Como sostiene Foucault: “la crítica será el arte de la inservidumbre voluntaria, el de la indocilidad reflexiva”².

Sin duda alguna, el libro de Marina Garcés (Barcelona, 1973) que acá se reseña sigue activamente esta vía de la inservidumbre y la indocilidad críticas. El panorama global

¹ AMORÓS, Celia. “Una deriva perversa de la Ilustración: de Sade a las Maquilas”. En Luis Alegre y Eduardo Maura (Eds). *¿Qué es la Ilustración?* Escolar y Mayo Editores, Madrid, 2017.

² FOUCAULT, Michel. *¿Qué es la crítica? La cultura de sí. Sorbona, 1978 / Berkeley, 1983*. Trad. Horacio Pons. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2018, p. 52.

del que da cuenta Garcés, y del que parte su reflexión, no es nada auspicioso, y, de hecho, sería consecuencia justamente de la identificación entre Ilustración y calamidad que antaño propusieran Adorno y Horkheimer. Si bien esta sinonimia fue muy útil para desmitificar el proyecto ilustrado, Garcés acusa que ella acabó convirtiéndose en un argumento reaccionario ante cualquier deseo de transformación radical; y aún peor, pues “hemos llegado a aceptar, como un dogma, la irreversibilidad de la catástrofe” (10). De allí su diagnóstico de que “nuestra época es la de la condición póstuma: sobrevivimos, unos contra otros, en un tiempo que solo resta” (10). Es un tiempo que no va a ninguna parte, que no desembocará en ningún proyecto de futuro. Sólo importa la obtención de beneficios personales, y por eso el predominio de la “credulidad voluntaria”, que es el peor panorama posible. Ya no somos los menores de edad kantianos: aparentemente ya nadie nos engaña, ya sabemos lo mal que funciona todo y hemos normalizado la desigualdad; ahora, en cambio, nos autoengañamos, nosotros decidimos qué creer y qué no creer, y tratamos de sobrevivir en un mundo que sabemos que nos precariza, pero del que parece imposible escapar. Entonces, la condición no es sólo póstuma; también es trágica, y el nombre de la tragedia de nuestro tiempo es el de “analfabetismo ilustrado”, ya que “lo sabemos todo, pero no podemos nada” (9).

Garcés ahonda en esta situación desoladora en el primer ensayo de su libro, titulado justamente “La condición póstuma”. Según explica allí, la condición póstuma sigue a la condición posmoderna e impone un nuevo relato lineal, aunque esta vez no uno de contenido progresista sino de irreversible destrucción de las condiciones de vida. En ese sentido, denuncia el modelo del “desarrollo sostenible” nada más que como una estrategia capitalista para mantenerse y perpetuarse; de ahí las políticas de austeridad y la consecuente insostenibilidad. Este giro póstumo afecta la configuración de los sistemas de poder, las identidades y los modos de acción: de la biopolítica pasamos a la necropolítica, de la acción colectiva como experimentación, a la emergencia o salvación. Para Garcés, en definitiva, lo que está en riesgo es el tiempo vivible, y ello se proyecta en tres experiencias del límite: la del planeta, la del sistema y la de la precariedad de nuestras propias vidas, que es la “impotencia vinculada a la imposibilidad de ocuparse y de intervenir en las propias condiciones de vida” (20).

Este diagnóstico no es nuevo, por supuesto. Baste recordar por ahora la crítica de Slavoj Žižek a la fórmula marxiana de la ideología de “ellos no lo saben, pero lo hacen”, que reversionó en el “ellos saben muy bien lo que hacen, pero aún así lo

hacen”³; y que ha llevado incluso a descartar de plano la ideología, priorizando los roles del afecto y el hábito en una organización social poshegemónica⁴. Pero si bien el diagnóstico de Garcés no es plenamente novedoso, lo sugerente de su propuesta es que el enfoque ilustrado le sigue pareciendo válido para interpretar la realidad. Es decir, aboga por la actualidad de la Ilustración, o, más bien, por la posibilidad de actualizarla. Pese a lo desolador del panorama, Garcés considera absolutamente necesario renovar la actitud crítica ilustrada —la misma de la que hablaba Foucault— para encarar la pregunta de por qué aceptamos este “escenario post mortem”. En sus palabras: “Por ello propongo una actualización de la apuesta ilustrada, entendida como el combate radical contra la credulidad” (30).

La credulidad es todo lo contrario a la crítica: “es la base de toda dominación porque implica una delegación de la inteligencia y la convicción” (36). La crítica, en cambio, es “autonomía del pensamiento”, aunque “no autosuficiencia de la razón” (38). Esto es así porque la Ilustración asume el carácter natural de la condición humana, lo que implica reconocer limitaciones pero también perfectibilidades. En esta línea, el compromiso de la Ilustración radical “no es otro que la mejora del género humano, contra todo aquello que, de manera habitual, lo oprime y lo degrada” (39). Garcés sostiene que este sentido emancipador fue neutralizado por la economía política, al identificar mejoramiento con enriquecimiento, y por la servidumbre cultural, al volver la cultura un sistema de sujeción política. Como ya acusaron Rousseau y Diderot en su momento, el acceso al conocimiento y a la educación no sirve de nada si no está mediado por el ejercicio de la crítica. Ésta es la única forma de contribuir a una transformación en sentido emancipador, y justamente “esta relación implacable entre la apuesta emancipadora y la crítica de sus propios peligros es la que necesitamos actualizar hoy” (44). Garcés señala que hoy existen pocas restricciones de acceso al conocimiento, pero sí muchas neutralizaciones de la crítica. Son cuatro las que subraya: la saturación de la atención, la segmentación de públicos, la estandarización de los lenguajes y la hegemonía del solucionismo. La credulidad actual nos lleva a dos dogmas: el apocalipsis o el solucionismo técnico de la “inteligencia delegada” (56). Ante esto, Garcés recupera

³ ŽIŽEK, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. Trad. Isabel Vericat Núñez. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2003, p. 62.

⁴ BEASLEY-MURRAY, Jon. *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*. Trad. Fermín Rodríguez. Paidós, Buenos Aires, 2010, pp. 169-170.

la pregunta de La Boétie “¿es esto vivir?”, que es precisamente una pregunta compartida pero no delegable, “porque lo que expresa es que la vida consiste en elaborar el sentido y las condiciones de lo *vivable*” (58).

Las humanidades constituyen aquí un campo de batalla. Unas humanidades no en extinción sino que “en transición”, como reza el título del tercer y último ensayo del libro. Por “humanidades”, Garcés entiende “todas aquellas actividades (ciencias, artes, oficios, técnicas, prácticas creativas...) con las que elaboramos el sentido de la experiencia humana y afirmamos su dignidad y su libertad” (59-60). En tanto, el concepto “en transición” lo toma del movimiento ecologista *Transition Towns*, que postula un cambio de paradigma urbano, y que Garcés equipara a la posibilidad de la crítica y la transformación. En uno y en otro caso, el foco no es ni el pasado ni el futuro, sino el presente: ni la ciudad perdida, ni la ciudad soñada; ni la nostalgia arielista de las Humanidades, ni su recreación tecnoutópica. El futuro adquiere relevancia sólo en la medida en que se pueda intervenir el presente para construir una vida vivible, un tiempo vivible.

Es en este sentido que Garcés postula cinco hipótesis para las humanidades. En primer lugar: “Lo que percibimos como un desinterés es, en realidad, la desinstitucionalización de las actividades humanísticas por parte del proyecto cognitivo del capitalismo actual” (60). Este proceso implica: la mercantilización del Estado y de la educación; la precarización del trabajo académico, educativo y cultural; y la deserción o el abandono de las humanidades (de parte de estudiantes, docentes, investigadores, artistas, etc.). La consecuencia de todo esto es la imposibilidad de levantar un proyecto colectivo de emancipación capaz de responder al proyecto de la “cuarta revolución científica e industrial”, orientado hacia la innovación y la inteligencia artificial, más y menos que humana. De ahí se deriva una segunda hipótesis: “En estos momentos, sabemos más acerca de la relación del saber con el poder que de la relación del saber con la emancipación” (64). El problema que subyace a esta hipótesis es el del analfabetismo ilustrado. Por ello es que Garcés considera necesario “redefinir los sentidos de la emancipación y su relación con los saberes de nuestro tiempo” (66), de manera que las humanidades mantengan una relevancia activa.

Las dos primeras hipótesis cumplen una función más bien constativa; las siguientes, en cambio, son más propositivas, y hasta imperativas. La tercera hipótesis dice: “La tradición humanística occidental debe abandonar el universalismo expansivo y aprender a pensarse desde un universal recíproco” (67). Garcés retoma la crítica al humanismo como “imperialismo eurocéntrico y patriarcal” (67), pero no para recaer en una autocrítica destructiva o constrictiva, ni tampoco en la renovación de un multiculturalismo neutralizador, sino para proponer —en la línea de Judith Butler o Rosi Braidotti— “un lugar receptivo y de escucha” (69), que incluya la alteridad pero también la tensión y el antagonismo entre distintas formas de vida, humanas y no humanas. La cuarta hipótesis dice relación con esto: “En el destino común de la humanidad, el hecho epistemológico más relevante de nuestro presente es el redescubrimiento de la comunidad naturaleza-cultura” (69). Garcés cuestiona visiones de las humanidades que estima idealistas y burguesas, como las de Martha Nussbaum (el *non-profit* v/s el beneficio) y Nuccio Ordine (lo inútil v/s lo útil). Para ella, la dignidad humana no es sólo ideal; es también corporal, estomacal inclusive. Por ende, la lucha de hoy “es un combate de lo necesario contra lo que se nos presenta como imperativo” (72). La quinta y última hipótesis postula, ya como conclusión y exhortación: “Hemos perdido el futuro pero no podemos seguir perdiendo el tiempo” (72). Con esto, Garcés aspira a que las humanidades ayuden en la construcción de un nuevo sentido de la temporalidad, no para recuperar lo perdido (la “actitud nostálgico-defensiva”), sino para hilar nuevas relaciones significativas entre las cosas: “Imagino la nueva ilustración radical como una tarea de tejedoras insumisas, incrédulas y confiadas a la vez” (75).

Como se decía al principio, la Ilustración aún no ha muerto, y el libro de Marina Garcés es una muestra muy clara de ello. Éste, por un lado, aporta activamente al debate a nivel humanístico y académico. Sin ir más lejos, el mismo año de su publicación en España, apareció en Londres el volumen *Reassessing the Radical Enlightenment*, que volvió sobre el problema de la Ilustración radical, aunque desde una perspectiva eminentemente historiográfica⁵. A diferencia de este proyecto editorial, el libro de Garcés aporta sobre todo en la crítica (de)constructiva de la

⁵ DUCHEYNE Steffen (Ed.). *Reassessing the Radical Enlightenment*. London, Routledge, 2017.

Reseña de “Nueva ilustración radical” de Marina Garcés.

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 10 N° Especial. Dossier: Pensar en Chile 1973-1990.

ISSN 0718-8382, Septiembre 2019, pp. 199-204

realidad presente, es decir, en la actualización de la premisa ilustrada radical. Esto no implica desconocer las consecuencias negativas de la Ilustración; todo lo contrario, pues la “condición póstuma” es en gran medida un resultado suyo. Y tampoco significa romantizar el proyecto ilustrado, o buscar su completación habermasiana. De lo que se trata, más bien, es de comprender que la crítica y la incredulidad ilustradas aún pueden ser útiles para interpretar, intervenir y mejorar el mundo que tenemos (o que nos queda).

Jorge Cáceres Riquelme

jorgecaceresr@gmail.com

Universidad Nacional Andrés Bello